



Alejandro González Acosta

“Ernesto de la Torre: el quinto evangelista de Guadalupe”

p. 67-70

Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2012

258 p.

Fotografías, croquis y cuadros

ISBN 978-607-02-2781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/559/hombre_libros.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ERNESTO DE LA TORRE: EL QUINTO EVANGELISTA DE GUADALUPE

ALEJANDRO GONZÁLEZ ACOSTA

Los llamados “cuatro evangelistas de Guadalupe” son Miguel Sánchez, Luis Lazo de la Vega, Luis Becerra Tanco y Francisco Florencia.¹ A estos insignes varones hay que agregar un quinto, don Ernesto de la Torre Villar, por el conjunto de su obra dedicada al estudio de la mexicanísima tradición.

Dentro de los valiosos y muy diversos estudios que fueron reunidos en el volumen de homenaje a De la Torre aparecido en 2005² ninguno se refirió a esta faceta de la labor de Don Ernesto dentro del amplio abanico de su producción. Él, siempre tan interesado en los orígenes de la formación, consolidación y desarrollo de la nación mexicana, no podía pasar por alto tema tan sugestivo y trascendente como el de la Virgen de Guadalupe.

La obra guadalupanista de Ernesto de la Torre y Villar —a lo ancho y extenso de más de 90 años de pródiga existencia dedicada al magisterio y al entendimiento entre los seres humanos— está integrada por obras como las siguientes:

Libros:

Album conmemorativo del 450 aniversario de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, México, Ediciones de la Basílica, 1981.

En torno al guadalupanismo (México, Miguel Ángel Porrúa, 1985). (Segunda edición: 2004).

La maravilla americana de Miguel Cabrera (México, Editorial Jus, 1985).

¹ Así los llamó Francisco de la Maza en *El guadalupanismo mexicano* (México, 1953), por ser los autores de las principales obras fundacionales de la tradición guadalupana: “Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe” (1648), de Miguel Sánchez; “Huei tlamahuitzoltica...” —“El gran acontecimiento...”— (1649), de Luis Lazo de la Vega; “Origen milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe” (1666), de Luis Becerra Tanco, y “La estrella del norte de México” (1688), de Francisco de Florencia.

² Varios, *De la vida y trabajos. Homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar*. comp. Francisco Ziga Espinosa y Ana María Romero Valle, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.



Folleto:

En torno a la formación de la conciencia mexicana en la Nueva España (México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras-División de Estudios de Posgrado, 1989).

Artículo:

“El culto mariano en la catequesis novohispana del siglo XVI”, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, Navarra, Universidad de Navarra-Facultad de Teología, Instituto de Historia de la Iglesia, 3, 1994.

Reseñas:

Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, v. 34, 2003. (Libro que además presentó en El Colegio Nacional el 28 de febrero de 2001).

Juan Gallardo Muñoz, *San Juan Diego, “El Indio”*, en *Históricas*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, v. 70, mayo-agosto 2004.

Conferencia:

“Las fuentes guadalupanas en Querétaro”, México, Noviembre de 2000.³ Y hasta me favoreció con una generosísima reseña de mi edición: José Lucas Anaya, *La milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, en *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, v. 16, 1996.

En especial quiero destacar el importante e imprescindible volumen:

Testimonios históricos guadalupanos (comp., pról, notas bibliográficas e índices de Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Segunda edición: 1999. Con reimpresión: 2004).

A esta relación ya publicada y muy conocida y consultada por los estudiosos e interesados en el tema guadalupano, se agregaron recientemente otros dos volúmenes que edificaron esta *monumenta* que son sin duda alguna los *Testimonios guadalupanos* que ofrecen una valiosísima recopilación de textos raros, e incluso inhallables, desde las primeras muestras de la tradición hasta la causa de canonización del neófito Juan Diego. *Finis non coronat opus*.

³ Para esta apretada selección me resultó imprescindible y muy valiosa la “Bibliografía del doctor Ernesto de la Torre Villar”, preparada por Amaya Gárritz, en *De la vida y trabajos. Homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar*, ed. cit., p.169-227.

Nadie entre los contemporáneos ha dedicado tanto esfuerzo y talento como Ernesto de la Torre para reunir las muy dispersas y en algunos casos rarísimas fuentes de la tradición guadalupana, comentarlas con informaciones utilísimas, organizarlas cronológicamente y ponerlas generosamente a disposición de los estudiosos, en un tema tan amplio y diverso que sin duda podría dar sustento a toda una maestría en Guadalupanología. Es justo señalar que en esta meritoria labor contó con el apoyo incondicional de Ramiro Navarro de Anda, también fallecido. Para encontrar un ejemplo semejante de dedicación guadalupanológica, tendríamos que remitirnos a la figura del gran bibliógrafo don Joaquín García Icazbalceta, en el siglo XIX, que tal parece fue el modelo de estudioso que imitó Don Ernesto. Y si nos remitimos a un tiempo anterior como el siglo XVIII, el espejo sería el caballero don Lorenzo Boturini Benaducci. Entre sus contemporáneos, el estudioso que más se le acerca por su dedicación a la Virgen de Guadalupe fue el sacerdote Joaquín Antonio Peñalosa, autor de una profusa y muy útil serie de “flores guadalupanas” donde recoge las obras literarias dedicadas al tema en cada centuria.⁴

Debo suscribir *toto corde* la opinión de los prologuistas y organizadores del homenaje que en 2003 se le tributó a Don Ernesto cuando afirman con pleno conocimiento de causa:

La escritura de Ernesto de la Torre es la de un hombre feliz. No porque sea alguien que fabrique paraísos falsos y efímeros ni porque no haya enfrentado los golpes y obstáculos que corresponden a un hombre de honor. Su vida y su obra son las de alguien feliz porque ha dedicado sus trabajos y sus días a fomentar la luz en los otros. Cada una de sus páginas es una búsqueda de la armonía y de la verdad, en el siempre necesario y a veces no valorado arte de la bibliografía o en el de la interpretación histórica, pero sobre todo en el desciframiento de la criatura humana.⁵

Con su dedicada y constante devoción al estudio de las fuentes y las múltiples manifestaciones de la tradición guadalupana, Ernesto de la Torre se inscribe por derecho propio en la áurea escuela de

⁴ La editorial Jus ha publicado en sucesivas ediciones y reimpressiones los volúmenes de *Flor y canto de la poesía guadalupana* compiladas y anotadas por Peñalosa.

⁵ *De la vida y trabajos. Sea este libro un homenaje al doctor Ernesto de la Torre Villar a sus ochenta y ocho años de edad*, compilación de Francisco Ziga Espinosa y Ana María Romero Valle, presentación de Virginia Guedea, Vicente Quirarte y Ambrosio Velasco, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Bibliográfica, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Nacional, 2005, 234 p., p. II.

historiadores integrada por Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y Joaquín Antonio Penalosa; pero, sobre todo, y no *a pesar* sino *por su misma* condición de católico, no pretende en ningún momento adulterar, torcer, distorsionar o sustraer los hechos, confirmando que el más grande milagro de Guadalupe es el que se realiza día con día en la creencia unificadora de una nación diversísima y contrastante, en los millones de devotos que encuentran en la imagen del Tepeyac bálsamo de consuelo, músculo de esperanza, visión de fe.

Por las virtudes no que lo adornaban —pues no necesitó los afeites y pomadas del cumplido— sino que lo sustentaban, como sabiduría, generosidad, rectitud, desinterés, humildad, gentileza, modestia y sencillez, Ernesto de la Torre fue ante todo un hombre honrado y cabal que trazó para nosotros, sus contemporáneos, la difícil y aleccionadora parábola de su vida misma, la cual se establece como alto e inalcanzable ejemplo de existencia humana y académica, de tal suerte y virtud que siendo como fue uno de los más queridos eméritos de esta Universidad nuestra, fue aclamado como emérito entre ellos, debiendo crearse para él, dictado no sólo por el cariño sino por la más estricta justicia, el título de “Emeritísimo”, o lo que es, el auténtico y palpable ejemplo de lo que debe y puede ser un emérito. *Non nomine verba par elogium suum.*

Hoy celebramos, en la familia diversa y apretada que está reunida por manos sabias y amigas en este volumen, el conjunto de hijos, nietos, amigos, discípulos, lectores y admiradores, y en casa, en esta su casa, una de las muchas que su cariño y dedicación le labraron, la vida de un hombre ejemplar, de esos que necesitamos y necesitaremos tanto como ejemplo, guía y espejo, cuya efigie, en bronce eterno, realizado por el gran escultor mexicano Lorenzo Rafael Gómez Cox, fuera recientemente colocada en el sitio de mayor honor de nuestra Biblioteca Nacional, dando la bienvenida y también como guardián de la Sala Mexicana que hoy lleva su preclaro nombre, y donde se guardan como *arca sanctorum* los tesoros bibliográficos de México, frente a las de los padres fundadores de la institución y del país, a los cuales pertenece por el derecho mismo que le dan sus obras.

Hay hombres que trabajan un tiempo y son buenos, hay otros que trabajan mucho más y son mejores, pero hay algunos que trabajan siempre y éstos son los imprescindibles. A esa estirpe pertenece Don Ernesto de la Torre Villar. *Gaudeamus igitur.*